

15 céntimos el número



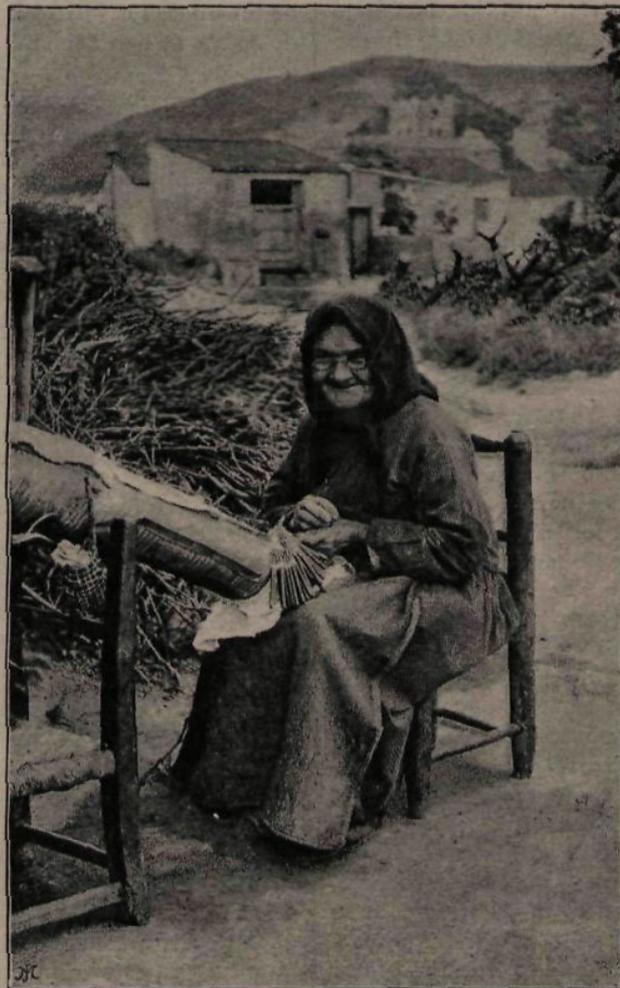
SEMANARIO ILUSTRADO

Año I.

Barcelona 26 Noviembre de 1892

Núm. 26

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.ª, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



LA VIEJA ENCAJERA.—FOTOGRAFÍA DEL NATURAL, POR ANTONIO BORRELL VIDAL

SUMARIO

**Texto.**—Crónica, por B.—El loro, por LEÓN DE TINSEAU.—Oriental (poesía), por JOSÉ ZORRILLA.—Un par de zapatillas, por JOSÉ FELIU Y CODINA.—Nuestros grabados.—Mesa revuelta.—Recreos instructivos, por JULIÁN.—Advertencias.

**Grabados.**—La vieja encajera, fotografía del natural, por ANTONIO BORRELL VIDAL.—San Luis Gonzaga, imagen escultórica de JOSÉ REYNÉS.—De las doce á la una, por N. MORAL.

Crónica

UNA nueva y espantosa hazaña de los anarquistas puso en consternación la ciudad de París, la nación francesa y el mundo entero. El terror producido por Ravachol se ha renovado ante la explosión de la terrible máquina dirigida, según todas las probabilidades, contra el barón de Reille, uno de los individuos del Consejo de administración de las minas de Carmaux. Por este medio inicuo querían los socialistas ó los anarquistas, que en sus procedimientos todos son unos, vengarse de la entereza que el barón había demostrado en todas las cuestiones de la famosa y malhadada huelga. Conforme sucede casi siempre, sus tiros no dieron en el blanco á que se dirigían, sino que de ellos fueron víctimas personas que nada tenían que ver con lo ocurrido durante la citada huelga. Un dependiente de la oficina de Carmaux, Emilio Garin, llevó el terrible bulto desde la calle de los *Bons Enfants*, donde se encuentran establecidas en París aquellas oficinas, á la Comisaría de policía de la propia calle. Allí la bomba hizo explosión con horrible estruendo y con resultados que ponen pavor en el corazón más empedernido. Los techos se vinieron abajo, las ventanas se hicieron añicos y las seis víctimas de la explosión quedaron hechas pedazos, lanzados éstos á considerables distancias y convertidos algunos en una verdadera pasta de carne humana! ¡Tan grande era la potencia explosiva de los elementos empleados por el autor de este tremendo desastre! Murió Garin, el dependiente; murieron M. Pousset, secretario de la Comisaría, y M. Froutat y otras varias personas hasta el número que hemos indicado. ¿Cómo se produjo la explosión? Sobre esto se han hecho diversas conjeturas y suposiciones, opinando unos que al volcar la marmita, que tal era la forma de la bomba, se inflamó el fulminante y estalló, y no faltando quien cree que acaso esto mismo se produjo por medio de un aparato de relojería metido dentro de la bomba. La indignación que causó este hecho, vivo aún el recuerdo del crimen de Ravachol, se tradujo en enérgicas interpelaciones hechas al Gobierno en la Cámara y en artículos de la prensa parisiense, en que se exponía la necesidad absoluta de adoptar disposiciones eficaces para impedir estos delitos, y en la excitación del vecindario clamando también para que se concediera, por parte de los gobernantes, un amparo, que no resulte ilusorio, como ahora, á todos los ciudadanos honrados. Inútil será, con todo, cuanto se haga, si no se contiene el desbordamiento de la prensa, si se permite, como lo hemos hecho notar en diferentes ocasiones, la propaganda demoledora que se está llevando á cabo por medio del libro y del periódico. El escritor francés Ernesto Caro, en uno de sus sustanciosos estudios, ha

dicho con verdad incuestionable que la tinta empleada en defender ideas destructoras, aparecía después en las calles y en las barricadas convertida en balas y en cadáveres. Esta tinta se convierte hoy en la dinamita y en la melinita que los socialistas y anarquistas emplean para hacer volar el restaurant Very ó las oficinas de las minas de Carmaux.

\* \* \*

Esta propaganda va dando también sus naturales frutos en Inglaterra, y á pesar de que esta nación se halla en condiciones muy diversas de las que tienen los pueblos del continente europeo, porque en ella predominan mucho más el buen sentido y la cordura en el pueblo, las agitaciones socialistas, comunistas y anarquistas no dejan de inspirar serio cuidado, máxime ante la debilidad ó la complacencia del ministerio radical presidido por mister Gladstone. La plaza de Trafalgar, en el barrio más rico y lujoso de Londres, ha sido teatro recientemente de un *meeting* monstruo en el cual los oradores radicales predicaron desafortadamente contra la propiedad y contra todo cuanto forma la base de la sociedad y de la familia. Los anteriores ministerios no habían consentido nunca que se verificasen reuniones populares en aquella plaza, disposición cuerda que ha sido derogada por el actual ministro del Interior Mr. Asquit. Con esta reunión ha coincidido la huelga de los trabajadores de hilados de algodón en Lancashire. La depresión que se advierte en Inglaterra en los negocios mercantiles é industriales ha obligado á aquellos fabricantes á introducir una rebaja en los salarios de los hiladores. Éstos no la han admitido, y en número de 40,000 se han declarado en huelga. Como en todos los actos de esta especie, las víctimas, en último término, serán los mismos obreros, sintiendo también los perjuicios la nación en general, porque con la paralización de los trabajos de filatura se originarán enormes pérdidas que trascenderán á muchas industrias del Reino Unido. Hoy se cree allá que la huelga colosal de los *Docks* de Londres ha sido causa de la baja considerable que se experimenta en el comercio, porque muchos barcos de diferentes naciones han dejado de acudir á aquel puerto, ante el aumento que por consecuencia de la misma huelga tuvieron los gastos que han de satisfacer los buques mercantes.

\* \* \*

En Bruselas se abrieron las Cámaras con la presencia del Rey, verificándose manifestaciones populares á los gritos de «¡viva el sufragio universal!» pero no pasando nada más. «Los que se proponen demostrar turbando la tranquilidad en la calle, dice un periódico republicano suizo, cuán preparados están ellos y sus amigos para practicar el *self government*, han aplazado su gran representación para el 20 de Noviembre, día en que no se omitirá nada para que se presente todo con grande aparato.» Bélgica tiene, por fortuna, un gobierno fuerte; mas la agitación que se nota en aquel laborioso país está ganando terreno, y si en breve no se la contiene, las consecuencias pueden ser muy deplorables. La revisión de la Constitución ha hecho aparecer los gérmenes levantiscos que existían más ó menos latentes; se va ahora al sufragio universal, como camino, en la intención de los revolucionarios, para llegar, más tarde ó más temprano, á la supresión de la monarquía y á la consiguiente proclamación de la república con todos sus aditamentos. El Rey, en su discurso, manifestó la esperanza de que las Cámaras darán

pruebas de concordia y de progreso. El mismo periódico á que hemos aludido dice con gran seso: «El resto del discurso de la Corona trata del asunto que está hoy de moda, es decir, de las cuestiones sociales ó, lo que es lo mismo, de las reformas obreras, por las cuales, como todos los soberanos y jefes de Estado de su época, muestra el rey Leopoldo gran voluntad. Por desgracia la voluntad es poca cosa cuando se abriga el propósito de resolver problemas que, no bien se someten al análisis, se resuelven por sí mismos en imposibilidades y con frecuencia en monstruosidades. Para esas enfermedades, como para otras, los remedios de curandero valen aún más que esas medicaciones de sabios que nunca han curado al enfermo, y que, en cambio, á menudo le han originado convulsiones.»

\* \* \*

Conforme lo anticipamos en la *Crónica* anterior, las elecciones presidenciales en los Estados Unidos han proporcionado el triunfo á Mr. Cleveland, candidato del partido democrático, que luchaba en competencia con mister Harrison, presidente actual y candidato del partido republicano. Uno y otro son republicanos, porque en aquel país no hay quien aspire á cambiar la forma de gobierno. La diferencia entre los dos partidos estriba en que el democrático, allá, como en la Confederación Helvética, es el partido conservador, es decir, el que respeta los principios y las leyes, ama la libertad para todos y quiere realizar toda clase de progresos, legalmente, sin violencias ni sacudidas. El partido republicano es el radical, y en los Estados Unidos, lo propio que en Suiza, es lo mismo que el partido jacobino en Francia. De grado ó por fuerza trata de imponer á la nación sus principios, acomodándose ó no á las leyes, según se les antoje, y gobernando por lo mismo despóticamente y con el odio siempre hacia sus adversarios. En los Estados Unidos se acentúa la opinión de prolongar la estancia del Presidente en su sitial, es decir, que los mismos republicanos dando mayor duración al cargo de jefe del Estado, se acercan á los monárquicos, buscando la estabilidad de la institución real. En la actual elección se ha puesto sobre el tapete si en definitiva lograrán el triunfo los proteccionistas ó los librecambistas, si se mantendrá el *bill* Mac Kinley ó si se modificará con disposiciones que tiendan á facilitar la entrada en el país de los productos extranjeros.

\* \* \*

SS. MM. los Reyes de Portugal, don Carlos y doña Amelia, han sido festejadísimos en Madrid por parte de nuestros Reyes, Real Familia y del Gobierno, y también por la del pueblo, en todas sus clases, que les ha dado pruebas de simpatía. SS. MM. Fidelísimas han logrado, asimismo, cautivar los corazones de todos. Con su presencia se inauguraron, con inusitada solemnidad, las Exposiciones históricas europea y americana, que se habían abierto al público sin aquella ceremonia oficial.

\* \* \*

La Exposición histórica europea ha dado ya un resultado útil á la ciencia y al arte. El cabildo de Toledo había presentado una bandera indicando que procedía de Orán. Teniéndola en las manos y examinándola un reputado orientalista notó que la bandera tenía pegadas unas fajas de seda verde, de carácter más moderno que lo demás del tejido. Picóle esto la curiosidad, y mirando y remirando advirtió que las tiras eran sobrepuestas, y que debajo exis-

tía la tela antigua con una leyenda en caracteres arábigos. Leyólos el aludido orientalista y arqueólogo, y con asombro y contento halló por la leyenda que la bandera en cuestión era ni más ni menos que la enseña cogida á los moros en la batalla del Salado.

B.

## El loro

I

EL piso me conviene, dije á la portera que me iba acompañando, pero, ¿está seco de veras? porque no puedo ver la humedad.

—¿Si está seco? Mire usted, hace diez y ocho meses que los obreros salieron de él dejándolo completamente concluido. En fin, dos personas diferentes están á punto de tomarlo, pero si usted se decide, quito el rótulo en seguida...

—Bueno, bueno, quítelo usted...

Y diciendo esto, puse en manos de mi futura carcelera algunos luses, que ella embolsó con un aire de suprema indiferencia.

Mi instalación fué rápida: en pocos días me deshice de tapiceros, lamparistas, ebanistas, etc., etc., no sin haber averiguado en este corto tiempo que la casa, en punto á sonoridad, era un verdadero stradivarius.

Debajo de mi habitación vivía una joven pareja cuya vida matrimonial venía embellecida ya por la presencia de dos niños de tierna edad: el mayor estaba echando los dientes, y se pasaba la noche en un grito; el pequeñín, recién nacido, no cesaba de llorar en todo el día.

—¡Paciencia!... pensaba yo; ¡en París mueren tantos niños!...

En el piso de arriba habitaba una señora que daba lecciones: historia por la mañana, y geografía por la tarde. Pregúntenme ustedes por los hijos de Clodoveo ó por las poblaciones principales de la isla de Sumatra, y oirán ustedes cosa buena. Desgraciadamente no alcancé más que hasta la desmembración del imperio de Carlomagno en cuanto á historia, y en cuanto á geografía ni siquiera llegué á penetrar en los Estados europeos. Además, abajo en el patio había unos caballos, y unos coches, y unos cocheros que llevaban la limpieza hasta la exageración, y que cuando habían concluido con sus lavados, se entretenían en tocar la trompa. Afortunadamente la trompa es un instrumento que siempre me ha sido simpático: de los gustos de doña Sol (la del *Hernani*) este es el único que he llegado á comprender.

Una mañana, á la hora precisa en que el mayor de los angelitos había cesado de gritar y en que el más chiquito no había empezado todavía, me despertó un ruido infernal más cercano que los otros, junto á mi oído, puede decirse. Comprendí que unos nuevos vecinos venían á establecerse á mi lado. La cosa duró poco tiempo; se conocía que el mobiliario no era de gran importancia.

A los ocho días llegaron los vecinos y, sin ser indiscreto, supe luego que la familia se componía de tres personas: el padre, sordo (la única cosa sorda que había en toda la casa), cajero de un banco muy importante; la madre, mujer de una vulgaridad verdaderamente deplorable; y la hija, necia á no poder más. La única criada que tenían, primero se llamaba Irma; y digo primero, porque la cambiaban tan á menudo que á estas horas ya

habrá pasado por allí todo el calendario. Los verdaderos nombres de la madre y de la hija no logré averiguarlos: los padres llamaban á la niña Bebel y Evaristo daba familiarmente á su mujer el nombre de Popol. Dicha familiaridad no tenía secretos para mí, porque el santuario conyugal lindaba con mi dormitorio; de manera que al cabo de un mes conocía yo al dedillo los más insignificantes detalles de la manera de vivir de aquella buena gente; pues eran lo que se suele decir una buena gente.

—Ya se te ha escurrido otra vez el pañuelo de la cabeza y la humedad de estas paredes te va á constipar, oía yo á menudo repetir á la esposa dirigiéndose al marido. Así acabé por figurarme á éste calvo, un poco grueso y propenso á congestiones.

A las siete y media de la mañana Irma, ó la que fuera, traía el café con leche á mis vecinos: regularmente la mujer despertaba al marido, y entonces los dos cónyuges hablaban de sus asuntos, cuyo aspecto, es menester decirlo, no era precisamente brillante. Siento mucho tener que añadir que la causa principal de sus desazones era Bebel, la cual manejaba á la familia á su antojo, y con su endiablada coquetería y sus ganas de aparentar había impulsado á su padre á tomar aquel piso, demasiado caro para su posición, y había exigido á su madre que tuviera un día de recibo, el jueves; y esto traje consigo el tener que tomar un criado *extra* para dicho día, y vestirle de frac y corbata blanca: todo ello además del té, y de los bizcochos, y de las flores, y del tocado á propósito. Es verdad que una vez por semana iba una costurera á la casa y que las señoras no se desdeñaban de enarbolar la aguja y las tijeras para ayudarla. Porque, eso sí, Bebel tenía unos dedos de plata, y sabía endilgar un sombrero tan bien como la mejor modista de París. Ahora, en cuanto á corsés y á calzado quería proveerse en los establecimientos de más alto vuelo; porque, lo que ella decía:—El pie y el talle son lo mejor que tengo, y quiero lucirlos.—Y en dando por ahí, se las tenía muy tiesas con sus señores padres, que venían á ser los borricos de carga, según la popular expresión que á menudo empleaba el desventurado Evaristo.

De todo esto oía yo dolerse á aquella pobre gente á la hora del café con leche, así como me enteraba también de su deseo más vehemente: casar á Bebel lo más pronto posible. Pero esto era más fácil decirlo que verlo realizado. Dos matrimonios se le habían frustrado ya á la chica: el primero por culpa de su dote, ó mejor dicho, por culpa de la falta de dote, á lo que pude comprender; el segundo por sus *imprudencias*. Evaristo era quien siempre sacaba á conversación este escabroso tema, pero Popol le tapaba en seguida la boca:

—¿Qué quieres, amigo mío? lo hecho, hecho está.

Y nunca pude saber más. Pero cuando un padre conviene en que su hija ha sido imprudente, todo el mundo sabe lo que esto quiere decir.

Y ahora ha llegado el momento de participar á mis lectores que yo era soltero, como sigo siéndolo, gracias á Dios... y á mi loro. Este animal y una vieja sirvienta constituían todo el personal de mi casa. El loro, con esta facultad de imitación que caracteriza á los de su especie, no tardó en asimilarse y en repetir las frases que más á menudo oía al través del tabique; de manera que al cabo de un mes doscientas cincuenta veces al día decía:

—Evaristo, ¿quieres abrir?

—¿Eres tú, Popol?

Efectivamente, todas las mañanas estas dos preguntas se cruzaban al través de la puerta del cuarto tocador de

mis vecinos: y era cosa divertida (las cuatro ó cinco primeras veces) oír al pájaro repetir con la voz de falsete de la señora:

—Evaristo, ¿quieres abrir?

Y luego copiar exactamente el timbre abaritonado, y un poco nasal del marido para contestar:

—¿Eres tú, Popol?

Adviértase que yo no había entrado para nada en ese juego; pero ¿quién les quitaba de la cabeza á mis vecinos que eso era una broma mía de mal gusto? Bebel, sobre todo, estaba exasperada, y cuando por la mañana entraba en el cuarto de sus papás, nunca dejaba de exclamar:

—¡Mala bestia! á cada imitación del animalito; el cual, naturalmente, no tardó en poder decir: «¡Mala bestia!» con una voz tan exactamente igual á la de aquella señorita, que, cerrando los ojos, cualquiera podía hacerse la ilusión de que la joven, olvidando todas las conveniencias, se había aventurado á penetrar en los lares de un joven casadero.

Un día Bebel no pudo aguantar más, y dijo á su padre:

—Este caballero es un bromista de mal género y debería usted quejarse al portero.

—Ya lo he hecho, hija mía; pero parece que el maldito pajarraco está en un piso de la casa contigua y, naturalmente, nuestro portero nada tiene que ver con ella...

—Pero ¿cómo es posible que las paredes intermedias sean tan poco espesas?

De eso me quejaba yo precisamente, porque me parece que dos mujeres gritando con todas sus fuerzas para hacerse oír de un sordo son algo peor que un loro. A mis observaciones y á mis quejas se había contestado que las dos casas formaban parte de un cuerpo de edificaciones construídas por una sociedad, en quiebra por más señas, como todas las de índole semejante. (No sería por no haber economizado en las paredes medianeras).

A todo esto había llegado el mes de Junio: mis vecinos de arriba se habían ido al campo: los caballos de abajo, con sus cocheros, y éstos con sus trompas también, en una palabra, la casa se iba convirtiendo en un verdadero paraíso; no quedaban más que las lecciones, el loro y mis vecinos de al lado.

Verdad es que éstos se habían puesto imposibles. Era cosa de volverse loco; excepto echarse los muebles á la cabeza, aquella gente hacía todo lo que puede hacerse en una casa donde reina la discordia. A Bebel se le había metido en la cabeza «ir á alguna parte como todo el mundo;» deseo muy legítimo, pero que la falta de dinero hacía irrealizable, al decir de don Evaristo.

—¡Repito que no tengo dinero! exclamaba el buen señor. El Banco va mal, han rebajado mi sueldo en un diez por ciento, y ya empezamos á contraer deudas.

Después de tres días de lucha el desgraciado quiso hacer una concesión: irían á Tréport. A este nombre Bebel se le echó á reír en las barbas:

—¡Tréport! ¿Por qué no más cerca? ¿Quién iba ya á Tréport?

En fin, ella tenía veintitrés años, y puesto que sus padres no miraban por ella, ella estaba en el caso de buscarse marido por su cuenta.

—Empieza por buscar dote, dijo el padre por fin indignado.

—Tiene sesenta mil francos, se aventuró á decir la madre, que se ponía continuamente entre el yunque y el martillo.

Evaristo se rió de una manera que hacía daño.

—¡Sesenta mil francos! ¡mi fianza! Bien sabes que si la retiro, ¡adiós empleo! Y además, retirarla, quién sabe si lo conseguiría estando los negocios como están.

No quiero repetir la contestación de Bebel: decididamente aquella muchacha no tenía corazón; así es que, cuando después de una escena capaz de crispar los nervios al más indiferente, el loro repitió: «¡Mala bestia!» no pude abstenerme de asentir:

—¡Una mala bestia, sí señor!

Afortunadamente la hora de la marcha había llegado también para mí: dejé *Jacquotte* (el loro), al cuidado de mi vieja servidora, y me puse en camino, regocijado con la idea de no saber de mis vecinos en cuatro ó cinco meses.

## II

Primero viajé por Suiza, pasé tres semanas en la Engadina, regresé por Coire y Zurich y me detuve en Lucerna. En esta población, ó mejor dicho, en el hermoso lago á que la misma da nombre me esperaba el amor.

La ví por primera vez en un vaporcito de los que recorren el lago. Viajaba sola con su madre, señora de aspecto distinguido y melancólico, tanto, que de momento la creí viuda. Me arreglé de manera que pudiese hospedarme en el mismo *hôtel* que ellas, y al cabo de tres días ya había hecho su conocimiento (fué en el ascensor, lo recuerdo bien), no tardando en saber su nombre y su historia.

La señora de Monsenpuelle no era viuda, sino que su marido, retenido por importantes negocios, no había podido acompañarlas en aquella excursión de un mes, que la salud de la niña había hecho indispensable. En cuanto á ésta me gustaba muchísimo, me gustaba, ¡ay! demasiado. Era el verdadero tipo de una señorita *comme il faut*: morena (en nada pretendo rebajar á las rubias, pero no cabe negar que el color moreno tiene algo de más... ¿qué sé yo?...), morena, sí, con ojos negros, profundos, altivos, castos y tiernos. La hubiera preferido un poco menos tímida, porque la timidez es también uno de mis defectos. Pero, tímida ó no, su madre no la perdía de vista como quien guarda un tesoro, ó mejor, como quien guarda una hija adorada; porque se adoraban.

Por lo demás, Isabel era una sensitiva: por cualquier cosa sus ojos se humedecían, y un día creí que iba á romper en sollozos por una sencilla observación de su madre, á propósito de una sombrilla que había dejado olvidada en el Righi-Kulm, cuya ascensión habíamos hecho juntos. Precisamente esta sombrilla fué la que (si puedo expresarme así) rompió el hielo entre nosotros. Al día siguiente, al despuntar la mañana, ya estaba yo otra vez en camino del Kulm, y á las cinco de la tarde, gracias á la prisa que me dí y también al ferrocarril de cremallera, la señorita de Monsenpuelle volvía á estar debajo de su sombrilla. Me tendió la mano y me dijo con una voz... (¡oh cielos!)

—¡Cuán bueno es usted!

Besé aquella mano, y hasta creo que de momento la madre y la hija encontraron la cosa un poco fuerte; pero bien comprendían que de todos modos yo era un hombre de cierta delicadeza, y quién sabe si mi naciente amor no era ya un misterio para ellas. Las mujeres son tan perspicaces en estas cosas, según dicen.

Pasamos quince días en Lucerna sin separarnos apenas: así es que yo podía lisonjearme de conocer á Isabel mejor que haciéndole dos meses la corte en París. (Para el estudio de caracteres no hay como viajar). Era hija única

y se conocía que la familia gozaba de buena posición, y estaba montada con cierto tren, pues en la conversación dejaban escapar inadvertidamente los nombres de sus modistas, de sus proveedores, de las personas que las visitaban, y estos nombres eran para mí muy elocuentes. No tenían carruaje, y decían con mucha sencillez:

—En París, cuando no se tienen sesenta mil libras de renta, hay que contentarse con abonarse á una cochería.

Para un futuro yerno una frase así, vale tanto oro como pesa, y yo me consideraba ya, si no como un futuro yerno, como un yerno posible.

Pero fué menester separarse: cada mañana llegaban cartas del señor de Monsenpuelle reclamando á su esposa y á su hija: no podía comer, no podía dormir. ¡Lo que es una familia bien avenida! Las señoras me permitieron acompañarlas hasta Dijon. Allí me despedí de ellas y me fuí á Borgoña á cazar.

No volví á París hasta Octubre: llegué un jueves á las diez de la mañana, y como el jueves era precisamente el día en que recibían los señores de Monsenpuelle (según me había dicho la señora al invitarme), á las tres de la tarde me dirigí apresuradamente á la dirección indicada, que era el mismo barrio mío.

Como ya me había figurado, la casa era suntuosa, la escalera de excelente aspecto, gran patio interior, y la habitación sencilla, pero decorada con cierta elegancia: no, aquella no era la morada de un advenedizo: el criado vestido de negro me hizo buena impresión; vamos, ni una nota discordante.

Las señoras me recibieron con los brazos abiertos, por decirlo así. Aseguro á ustedes que Isabel me pareció más bonita que en Suiza, y comprendí que tampoco ella me encontraba cambiado de una manera desventajosa. Hablamos con toda intimidad, pues no había otra visita alguna.

Al levantarme, dije:

—¡Cuánto siento, señora, no haber podido tener el gusto de conocer hoy al señor de Monsenpuelle!

—A esta hora, repuso ella, está siempre en su banca; pero uno de estos días irá á invitarle, por si usted se digna venir á comer con nosotros. Entretanto que no le conoce usted personalmente, voy á enseñarle su retrato hecho al lápiz por la niña.

—¡Pero, mamá!... dijo Isabel haciendo mimos, ¡si está tan mal!...

—¡Bah! el señor es un amigo de confianza: además, tú no tienes pretensiones de artista...

Se abrió una puerta y me introdujeron en una pieza que evidentemente era el cuarto conyugal. Colgado de la pared se veía el retrato del señor de Monsenpuelle, pero no puedo decir si era bueno ó malo, porque en el instante en que iba á examinarlo, oí al través de la misma pared una voz chillona que gritaba:

—Evaristo, ¿quieres abrir?... ¿Eres tú, Popol?

¡Me hallaba en casa de mis vecinos! ¡En aquel infierno!... ¡y á punto de ser pescado por Bebel, por aquella furia!!

Pero tuve la suficiente presencia de ánimo para no hacerme traición, y aparenté no haber oído nada.

Inútil es añadir que no he vuelto á poner los pies en casa de las Monsenpuelle. Pero por razones sobre las que me permitirán ustedes no insistir, aquella habitación casi en común con la susodicha familia era muy penosa para mi amor propio. Me trasladé al mes siguiente, y aseguro á ustedes que si en París hay un loro cuidado con tierno reconocimiento, éste es el de su seguro servidor

LEÓN DE TINSEAU.

Oriental (1)
 

---

DE la luna á los reflejos  
 á lo lejos  
 árabe torre se ve,  
 y el agua del Darro pura  
 bate oscura  
 del muro el lóbrego pie.  
 Susurra el olmo sombrío  
 sobre el río  
 dando al oído solaz,  
 y en los juncos y espadañas  
 y en las cañas  
 susurra el aura fugaz.  
 Se abre en la arena amarilla  
 de la orilla  
 vertiendo aroma la flor,  
 y las plumas de colores  
 en las flores  
 estremece el ruiseñor.  
 Vierte en gotas cristalinas  
 peregrinas  
 el rocío su cristal,  
 y en cada perla de plata  
 se retrata  
 el alcázar oriental.  
 Descorridas las sombrías  
 celosías  
 del calado torreón,  
 está en la árabe ventana  
 la sultana  
 murmurando una canción.  
 Y en la atmósfera serena  
 libre suena  
 la melancólica voz,  
 y abajo en la hierba verde  
 al fin la pierde  
 con la ráfaga veloz.  
 Y al compás de su garganta  
 raudo canta  
 contestando el colorín,  
 saltando entre los galanes  
 tulipanes

(1) La popularidad del señor Zorrilla le viene de sus obras dramáticas y de sus leyendas, en que no tiene rival. De sus poesías puramente líricas, se consideran como mejores las *Orientales*. Don José Zorrilla nació en Valladolid el 21 de Febrero de 1817; fué hijo de un elevado funcionario de Fernando VII, y estudió en el *Seminario de Nobles*, pasando después á seguir la carrera de leyes en Toledo. De allí se escapó á Madrid y empezó á darse á conocer entre los literatos con su famosa composición á la muerte de Larra, á la que siguieron muchas otras del género lírico ó del legendario, hasta que con el tiempo se consagró á la dramática con la misma portentosa y de bordada fecundidad. *El Zapatero y el Rey*, *Don Juan Tenorio* (1844) y *Traidor inconfeso y mártir* (1849), representan una serie de triunfos memorables que terminaron con su viaje á París, donde compuso y publicó su *Granada*. En 1855 partió para América, adonde iba precedido de un renombre inmenso, que se aumentó con su permanencia en Méjico, terminando ya casi por completo las turbulencias de su vida, y siendo condecorado en 1885 con la medalla de la Academia Española, que mucho tiempo antes le había nombrado individuo de número. El día 22 de Junio de 1889 se sancionó definitivamente su gloriosa carrera, con la corona de oro del que arrastra el río Darro, ceñida á las sienas del gran poeta en el palacio de Carlos V, de Granada.

del espléndido jardín.  
 Y al rumor del dulce trino  
 peregrino  
 de arpa, bella y ruiseñor,  
 oído prestan atento  
 agua, viento,  
 olmo, alcázar, campo, flor.  
 Así la mora decía,  
 y respondía  
 en la rama el colorín,  
 y esto el moro la-escuchaba  
 que velaba  
 receloso en el jardín:  
 «— Danme el ánima de un moro  
 perlas y oro  
 y coronas en la sien;  
 díme, flor, á mi ventura  
 y hermosura  
 lo que falta en el harem!  
 Danme chales los califas  
 y alcatifas,  
 y guirnaldas en la sien;  
 díme, huerto, á mi ventura  
 y hermosura  
 lo que falta en el harem!  
 Danme baños y festines  
 y jardines  
 que me mienten el Edem;  
 díme, río, á mi ventura  
 y hermosura  
 lo que falta en el harem!  
 Transparentes como espumas  
 danme plumas,  
 y atan velos á mi sien;  
 ruiseñor, dí á mi ventura  
 y hermosura  
 lo que falta en el harem!  
 Nada al fin que les dé enojos  
 ven mis ojos,  
 nada que arrugue mi sien;  
 díme, luna, á mi ventura  
 y hermosura  
 lo que falta en el harem!  
 Llegaba aquí, y una sombra  
 en la alfombra  
 la lámpara dibujó:  
 á su lado en la ventana  
 la sultana  
 con el sultán se topó.  
 «—Tienes torres, dijo el moro,  
 perlas y oro  
 y guirnaldas en la sien;  
 díme, hermosa, á tu ventura  
 y hermosura  
 lo que falta en el harem.  
 ¿Qué hay en el huerto sombrío  
 y en el río,  
 y en el ave y en la flor,  
 que al rayar el claro día,  
 ¡vida mía!  
 no te traiga tu señor?  
 Dí, ¿qué falta á tu belleza,  
 á tu riqueza  
 ó á tu loca voluntad?» —  
 «— Señor, esos ruiseñores  
 en las flores  
 tienen *aire y libertad*.» —

## Un par de zapatillas

SE caballero deslucido que pasea triste y solo por los jardinillos de Recoletos y por los soportales de la Plaza Mayor, luciendo el brillo resplandeciente de su americana bruñida y los gloriosos repujados de su sombrero, ese es don Liberato, el *sablajista* de á peseta, cuyas estrecheces le oprimen por todas partes menos por los pies, ya que los lleva calzados con anchas y desfilachadas zapatillas.

Cuando se le ve cruzar la plazuela de los Mostenses con su barba crecida y el rostro chupado, suelen decir los tenderos y las porterías:—Ahí va un hombre que tenía sus buenos cuartos, y se ha quedado sin plumas y cacareando tras de la chifladura de su hotel.

Y en este punto, el apreciable vulgo de mostrador y portal, se equivoca, por más que no ande muy lejano de la verdad. La gente ha oído campanas, pero no sabe dónde. El origen verdadero de la ruina de don Liberato está en un par de zapatillas; precisamente las que lleva puestas para sus excursiones á través de la capital.

Érase don Liberato, allá, cuando quería Dios, un ciudadano tranquilo que vendía garbanzos «como manteca,» según afirmaba el rotulillo del escaparate, y demás géneros llamados ultramarinos. La tienda estaba situada en el cogollo de aquel distrito burgués, que años atrás se llamó el barrio de Maravillas. Vive allí hecho una piña el Madrid viejo de los covachuelistas, y el cocido castellano hueme de doce á una en todas las mesas de aquel hormiguero. Don Liberato tenía gran venta de sus garbanzos «como manteca;» de sus latas eran, además, el aceite y el petróleo con que se iluminaban las tiendas, talleres y escritorios del barrio; de sus barricas manaban el vino y el aguardiente con que se festejaban los guapos. Y así, de cuarterón en cuarterón, de azumbre en azumbre y de cortadillo en cortadillo, amén de las sisas, el buen hombre fué cubriéndose el riñón, de suerte que un día, hallándose ya con un capital bastante, cerró el establecimiento y compró obligaciones del Norte, echándose á rentista y poniéndose á descansar honestamente de sus pasados trajines. Su cuartito era modesto, de módico alquiler, en el mismo barrio burgués que le había hecho rico; y lo amuebló, sin dispendios imprudentes, con el propio ajuar que había decorado el entresuelo sombrío de la tienda.

Vivía el sujeto como el pez en el agua cuando no hay pescadores. Pero el calendario trae una fecha, que es la del diez y siete de Agosto, y en ese día conmemora la Iglesia los méritos y virtudes de san Liberato, abad, y con ocasión de ser éste su santo titular, el tendero jubilado tenía el gustazo de celebrar su poquito de *gaudeamus*, reuniendo á parientes y amigos en su casa, donde se comía arroz y gallo muerto y se bailaba por la noche á los sones de un piano mecánico, alquilado por un hortera inteligente.

Don Liberato contaba entre sus relaciones íntimas, á una ahijada, discípula sobresaliente de un colegio de la vecindad y de la cual se sentía el hombre muy satisfecho. Y empezó la ahijada, un año, cuando los calores fuertes anunciaban la proximidad de san Liberato, á soltar medias palabras y alusiones respecto de un presente soberbio con que se proponía sorprender al padrino. ¡Qué será!... ¡qué no será!... Llegó el día de la fiesta, y el presente consistió en un par de magníficas zapatillas.

Pero ¡qué zapatillas! Una obra de arte; no había salido otra mejor de la clase de labores del colegio de la ahijada. Aquello era un macizo de sedas, estambres y lentejuelas. Dos rosas que estaban hablando; y unos hilos de oro, y capullos, y hojitas verdes. Un calzado de lujo, digno del primer premio en la Exposición de Artes y Oficios.

Don Liberato se sintió más complacido que si le hubiesen regalado la mula pontificia. Una semana duró la exposición de las zapatillas, puestas en una bandeja sobre la camilla, en el centro del gabinete. Transcurrida la semana, don Liberato se las calzó. ¡Qué satisfacción la suya! Todo el día estuvo con la vista clavada en aquellos cuajarones de flores y tembleques que le envolvían los pies. Ya no se quitó las maravillosas zapatillas. Dejó sus horas de paseo, olvidó su tertulia de todas las tardes en la Lotería de la calle Ancha. Se quedó perpetuamente en casa, porque con sus zapatillas puestas decía él que no había quién le descalzase.

¡Pobre don Liberato! No sospechaba que metidos en aquel calzado sus pies le conducían á la perdición. Un día se puso á comparar el lujo de las zapatillas con la modestia de la americana de color ceniciento que se ponía para estar en casa, y se dijo á sí mismo con la más profunda convicción:—Esto es un pegote; á tales zapatillas corresponde otro vestuario.—Y se fué á la sastrería de Isern, donde le proveyeron de una bata insultante: paño inglés, de color de hoja seca con vueltas de raso encarnado, y toda acolchada, con borlas, con alamares, con botones, una apoteosis. No ha habido marqués de comedia que presentara más ostentoso continente.

Y caten ustedes á don Liberato hecho un Narciso delante del tocadorcito de su alcoba, contemplándose, admirándose y prendado del espectáculo que ofrecía su persona. Mas cátenle ustedes también lanzando miradas de humillación y enojo sobre aquel económico menaje, procedente de las ebanisterías de la calle de Tudescos, que le rodeaba hablándole del entresuelo, y de la tienda, y de los garbanzos como manteca. Para un caballero tan bien trajeado no era propia decoración la que formaban el sencillo canapé chapeado de caoba y con rehenchidos de algodón, la cómoda panzuda, la camilla verde y los cuadros del Hijo Pródigo.

—Hay que adecentar esta casa; he de barrer toda esta pobreza. Aquí debe traerse un espejo de cuerpo entero, en el cual me vea desde el casquete hasta las zapatillas. Aquí faltan poltronas de tapicería, cama con pabellón y alfombras.

Su bolsillo no se lo negaba; el ex comerciante llevó á su casa, en menos de quince días, un ajuar bastante para amueblar un palacio ducal.

Pero ¡ya se ve! ¡Lucido papel hacían las butacas, los espejos, la mesa de ministro, el aparador y las lámparas, todo metido como en almacén, estivado dentro del humilde cuartito con doce piezas, la cocina inclusive, plebeyo domicilio de doce duros mensuales y al que se llamaba, después de las nueve de la noche, dando tres golpes y repique! Aquello era un tugurio; papel de dos reales en las paredes, manzanas y berengenas pintadas en el comedor, la portera metiéndose á charlar con las visitas, en el piso de encima una máquina de coser... Imposible; don Liberato se creía en una celda de la Cárcel Modelo.

Comenzó á darle vueltas por el seso, como una bola de ruleta, el pensamiento de construirse una casa... ¿Y por qué no un hotel? Allá, hacia las Ventas, cerca de la Plaza de Toros... Dinero, tenía, ¿quién se lo vedaba? Compró



SAN LUIS GONZAGA

IMAGEN ESCULTÓRICA DE JOSÉ REYNÉS

un solar, llamó á arquitectos, examinó planos. Acá un pretil, acullá un mirador; que la puerta ha de ser con tallados, que las baldosas de mármol, y la verja dorada al fuego, y el frontis con esgrafiados, y antojo sobre antojo, deseo tras deseo, talega tras talega, estrujáronse hasta el último ochavo los dineros de los garbanzos. A seguida de eso, la hipoteca del hotel antes de haberle estrenado; luego los vencimientos, detrás el embargo, el remate, los buitres repartiéndose el despojo, los muebles ricos á la prendería, y don Liberato empobrecido, la bata vieja y las zapatillas rotas.

Todos los días recorre el pobre hombre medio Madrid; huye de sus recuerdos y busca la peseta. Hace una jornada diaria de treinta kilómetros. Para en medio de la calle á sus antiguos conocidos, se les echa á llorar, les pide el socorro del día, y cuando ya le ha favorecido un bienhechor, se sienta en un banco de cualquier plaza con jardín, estira las piernas y aguarda la noche contemplando en sus pies los restos de aquel par de zapatillas, que después de haberle ofuscado el juicio, ahora le sirven para salir á implorar una limosna.

JOSÉ FELIU Y CODINA.

## NUESTROS GRABADOS

### La vieja encajera

FOTOGRAFÍA DEL NATURAL, POR ANTONIO BORRELL VIDAL

Habla la anciana mujer que está haciendo encaje y que se ve en la primera página de este número. Respira vida su rostro, su actitud, todo el cuadro, porque tal ha de llamarse á la plancha sacada por la máquina fotográfica. El dar los retratos, los paisajes, los monumentos con verdad admirable ha sido uno de los resultados ventajosos para el arte del último invento de la fotografía. Por esto no creemos fuera del caso reproducir en este semanario una prueba tan bien sacada y tan interesante como la de *La vieja encajera*. Acaso al examinarla vea algún artista de ingenio los muchos elementos que puede encontrar en Cataluña para componer cuadros, para sacar sus figuras características, ayudando con esto á la literatura en el trabajo idéntico que llevan a cabo algunos distinguidos novelistas.

### San Luis Gonzaga

IMAGEN ESCULTÓRICA DE JOSÉ REYNÉS

Admirablemente ha interpretado el escultor José Reynés, en la imagen que va reproducida con suma fidelidad en este número, el inclito individuo de la Compañía de Jesús, san Luis Gonzaga. Edad, rasgos fisionómicos, actitud, expresión, todo corresponde con lo que se lee en las vidas que se han escrito del Santo, uno de los que con mayor devoción veneran los fieles católicos de todos los países del orbe. Hijo fué san Luis de don Fernando de Gonzaga, marqués de Castellón, y de doña Marta de Tana, perteneciente esta señora á una de las familias más nobles de Chieri, en el Piamonte. El marqués, soldado de profesión y de carácter, creyó descubrir en la viveza de su hijo indicios de que sería también apto para la noble carrera de las armas, que entonces seguían con especial predilección muchos hijos de familias aristocráticas como la de Gonzaga, ilustre entre las ilustres de Italia. De niño mostró Luis gusto por los ejercicios militares, lo cual era asimismo del agrado de su padre. Sucedió que hallándose en Casal cargó por sí mismo una pieza de artillería de campaña, que estaba en la muralla, y le dió fuego sin haber tomado las precauciones necesarias. Retrocedió la cureña, y poco se le faltó para que no destrozase al tanto el brusco empuje de las ruedas. Estas aficiones belicosas pronto, empero, se desvanecieron, aumentándose las señales de que el Señor llamaba á Luis Gonzaga por otros caminos.

Nada le sedujo ni le apartó de los senderos de la virtud y de la gracia. Lleváronle á las cortes del gran duque de Toscana y del duque de Mantua, este último cercano pariente suyo; mas ni le deslumbraron ni le atrajeron siquiera por breves momentos los esplendores de Florencia y de

Mantua, ni la brillantez de la sociedad fastuosa de aquellas ciudades. Luis continuaba dedicado á Dios, con prácticas de mortificación, con ejercicios espirituales que purificaban más y más su alma privilegiadísima. Pasábase largas horas en oración, sumido en dulce éxtasis, momento escogido por el escultor Reynés para presentar su hermosa imagen. Hallándose en España tomó la resolución de abrazar el estado religioso, inclinándose primero á las órdenes de los capuchinos y de los carmelitas descalzos, para decidirse al fin en favor de la Compañía de Jesús. Difícil le fué obtener el permiso de su padre, pero á la postre éste se lo dió gozoso notando la ardiente vocación del virtuoso joven. Su presencia en la Compañía fué motivo de edificación en todas partes, hasta el punto de que mucho antes de su muerte el pueblo le designara ya con el apelativo de *el Santo*. Afligió á Italia por aquellos tiempos una enfermedad que tomó aires de epidemia, y en el socorro de los infelices atacados se distinguió en alto grado la caridad de los PP. de la Compañía. Erigió ésta en Roma un hospital á sus costas, en el que el mismísimo Padre general servía á los enfermos. Todos los PP. siguieron este hermoso ejemplo y á todos se adelantó en fervor Luis Gonzaga. El cual, por voluntad de la divina Providencia, cayó enfermo del contagio, y aunque sanó de la enfermedad, fueron las consecuencias de ella quedar el glorioso Santo con una calentura hética que acabó con su vida, prolongándose algo sólo para que diese nuevas muestras de su santidad admirable. Colmado de favores del cielo murió san Luis en Roma la noche del 21 de Junio de 1591, en que cayó aquel año la octava del Corpus, á los veintitrés y meses de su edad y seis de su entrada en la Compañía.

El espíritu de Dios, la mística devoción que tanto resplandecieron en san Luis Gonzaga ha conseguido José Reynés que apareciesen en la imagen que modeló con gran cariño y que esculpió en mármol con la misma delicadeza para un colegio de señoritas, por encargo de una piadosa señora barcelonesa, cuyas manos no están nunca cerradas para la caridad y las buenas obras. La cabeza del Santo es fruto de una inspiración verdadera y potente. ¡Qué ardorosa expresión de amor divino se ve en la mirada, en los labios, en todas las líneas del rostro de la imagen! ¡Qué bien se acuerda esta ideal cabeza con el resto del cuerpo, en que lo material desaparece, semejando la sotana del jesuita envoltura terrestre de un ser que no tiene nada de común con las miserias de este mundo! ¡Qué hábil sencillez en el modo de tratar el hábito, manera holgada, grandiosa, apartada de los efectos naturalistas, pero existiendo, sin embargo, en ella la verdad que puede exigir quien más prendado se halle de esta cualidad en las obras artísticas! El *San Luis Gonzaga* de Reynés recuerda las esculturas devotas que en siglos pasados tallaron en madera ó esculpieron en piedra los artistas cristianos españoles de más sonado renombre. Hay en ella, como en las de los aludidos maestros, la verdad real, pero esta verdad transfigurada por el sentimiento religioso, por el misticismo, por el ideal que inspiró la mente y guió la mano de los más insignes imagineros de nuestra patria.

### Mesa revuelta

Las campanas son ordinariamente de bronce (78 partes de cobre y 22 de estaño); el badajo es de hierro y el sitio donde éste golpea es el de más espesor. Dentro de la parte superior, ó *cerebro*, hay un anillo, del cual está pendiente el badajo, y un poquito más abajo las asas que permiten mover la campana. Las campanas más notables por sus dimensiones y peso, son: la de Moscou, que pesa 66,000 kilogramos; la de Pekín, que pesa 60,000 kilogramos; la de San Esteban, en Viena; la de Nuestra Señora de París, la de San Jaime de Compostela y la de Jorge d'Amboise, en la iglesia de Nuestra Señora de Ruán, que pesaba 18,000 kilogramos, y fué fundida durante la revolución francesa, aunque después reemplazada por otra igual.

Las campanas eran conocidas de los hebreos, egipcios y romanos, pero el uso de las mismas en las iglesias, para anunciar los divinos oficios, no se extiende más allá del siglo VI ó VII. Créese que san Paulino, obispo de Nola, fué el primero que las introdujo en las iglesias. Con todo, nadie antes de Béde, que vivía á últimos del siglo VII, hace mención de semejante uso. La costumbre de bendecirlas ó, como se dice vulgarmente, de *bautizarlas*, fué establecida por el papa Juan XIII. Después de exorcizar y bendecir la sal y el agua, el obispo lava con el hisopo la

parte de afuera y la de dentro de la campana; hace siete unciones, en forma de cruz, con el óleo sagrado en la parte exterior y cuatro en la interior con el santo crisma; luego pronuncia el nombre del santo bajo cuya invocación se ha bendecido la campana. Se da incienso á la misma, se canta el Evangelio y el celebrante termina la ceremonia haciendo sobre ella la señal de la cruz.

\* \* \*

El hipo es una contracción espasmódica y rápida del diafragma, á causa de una brusca sacudida en las cavidades torácicas y abdominales, acompañada de un ruido áspero especial y de una compresión súbita de la laringe que intercepta la inspiración. En estado de salud puede originarse el hipo por la ingestión brusca de alimentos pesados y compactos, por el exceso de bebidas espirituosas ó por el tránsito brusco de un lugar caliente á uno frío. Se presenta á veces entre los atacados de enfermedades nerviosas ó abdominales, en cuyo caso es una señal funesta. También se observa en los moribundos.

Comunmente no es más que una indisposición pasajera, que desaparece bebiendo un poco de agua fría, ó al recibir una sorpresa, ó reteniendo todo lo posible la respiración. Se han visto, sin embargo, algunos casos en los cuales dura algunos días y constituye por fin una verdadera enfermedad. En este caso se combate por medio de bebidas heladas y por la aplicación de sinapismos activos sobre la boca del estómago.

\* \* \*

El poderoso Harum-al-Raschid empezaba á sospechar que su gran visir Giafar no era acreedor á la confianza que le había dispensado; todas las mujeres de Harum, los vecinos de Bagdad, los cortesanos y los derviches le censuraban amargamente. El califa amaba á Giafar y no quería condenarle tan sólo por las quejas de la ciudad y de la corte. Recorrió el imperio y vió que por todas partes la tierra estaba bien cultivada, la campiña alegre y fecunda, las aldeas opulentas, las artes útiles muy prósperas y los jóvenes alegres y satisfechos. Visitó las plazas fuertes y los puertos de mar, y vió muchísimos buques que amenazaban las costas de África y de Asia, los guerreros disciplinados y contentos, y que éstos, junto con los marineros y el pueblo, exclamaban:—¡Oh gran Dios, bendicidnos y conceded largos años de vida á Harum-al-Raschid y á su visir Giafar; ellos conservan en el imperio la paz, la justicia y la abundancia! Tú nos muestras, Señor, el amor que nos tienes, al darnos un califa como Harum y un visir como Giafar.

Conmovido el califa con estas aclamaciones, entra en una mezquita, y arrodillándose exclama:—¡Poderoso Señor, te doy gracias por haberme concedido un visir tan censurado por mis cortesanos y tan bendecido por mi pueblo!

\* \* \*

Tántalo, rey de Lidia, hijo de Júpiter y de la ninfa Plota, y padre de Pelops y de Nióbé, fué arrojado á los infiernos á consecuencia de varias fechorías cometidas contra el autor de sus días.

Una vez, según cuenta Píndaro, robó del Olimpo el néctar y la ambrosía, y esto fué causa de un hambre de veinticuatro horas en el Empíreo.

Otra vez no se contentó con robar la ambrosía, que le había parecido insípida, sino que robó á Ganimedes, que desapareció de la misma región de Júpiter. El rey de los dioses se encolerizó y mandó á su factótum Mercurio en busca de Ganimedes, á quien halló por fortuna sano y salvo al cabo de ocho días.

Por fin, en otra ocasión, y esta fué su última hazaña, cuando ya el tiempo había hecho olvidar sus primeras faltas, invitó á los dioses á un banquete, y al objeto de probar su presciencia, él mismo les sirvió á la mesa su propio hijo Pelops, á quien había degollado.

Los dioses olímpicos al principio no lo advirtieron; Tántalo les preguntó si sabían lo que acababan de comer, á lo que contestaron los dioses cada cual de un modo distinto. El rey de Lidia les explicó, de una manera clara y sencilla, su modo de preparar la comida. En vista de tan ingenua explicación, los dioses mudaron el semblante y se agitaron víctimas de horribles convulsiones.

El rey de los dioses, á buen seguro nada hubiera dicho si se hubiese tratado de su esposa Juno, pero sentía una irresistible inclinación hacia la madre de los amores; así es que, al ver las angustias de la infeliz mujer, conmovióse y sintió gran compasión por ella. Con ademán terrible y frunciendo el entrecejo hizo una señal y precipitó á Tántalo á los infiernos.

El desgraciado rey de Lidia cayó en un lago en el que se le condenó á permanecer atado á un árbol cuyas raíces estaban sumergidas en el agua. Suculentos platos llenos de riquísimos manjares y frutas exquisitas se le presentaban de continuo á su alcance, pero al momento que intentaba recogerlas con la mano, desaparecían milagrosamente.

Por esto se llama *suplicio de Tántalo* al que se ve condenado á perder lo que ansiaba cuando está á punto de alcanzarlo.

\* \* \*

Los que padecen de insomnios pueden remediarlo siempre de una manera fácil y práctica, que sobre todo no ofrece peligro alguno y que les permite descansar. Véase uno indicado por el *Herald of Health*:

Se coloca sobre la nuca, al acostarse, un pañuelo de hilo doblado en cuatro partes, suficientemente empapado en agua fría, envuelto en un trapo espeso y seco para proteger la almohada. Se obtiene así un sueño perfecto.

Se puede retirar al cabo de algunos días, teniendo cuidado de volverlo á colocar en caso de insomnio.

En los primeros días téngase cuidado de renovar el agua durante la noche si el sueño está algo rebelde.

\* \* \*

Las joyas finas ó falsas, con pedrería, esmaltes ó sobrepuestos pegados con betún ó mástic de plateros, deben limpiarse con prudencia, pues el menor descuido puede malograr en parte objetos de gran valía. Deben proscribirse los ácidos, las aguas preparadas y cuanto pueda atacar las superficies pulidas del oro ó bruñidas en los objetos dorados, indistintamente á fuego ó la galvanoplastia.

El procedimiento general es el agua clara y el jabón común, frotando el objeto con un cepillo como los dientes, pero tan suave como exija la delicadeza de la joya que se trata de limpiar; así, cuando tenga esmaltes que pudieran arañarse, estos cepillos serán de cerdas largas y

# DE LAS DOCE Á LA UNA...

FOR

R. MORAL



1.—Don Camilo era un hombre á quien la avaricia lo hacía desconfiado.

2.—Poseía grandes tesoros, de los cuales no se atrevía á gozar.



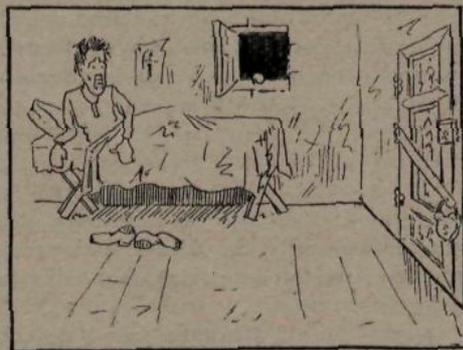
3.—Siempre se le veía triste y meditabundo, encerrado en las habitaciones más solitarias de la casa, cuyas puertas se hallaban convenientemente reforzadas con gruesos candados.



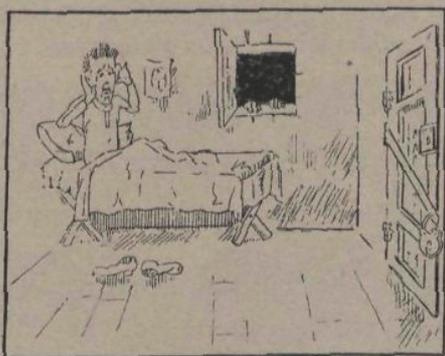
4.—Como no disfrutaba del mundo ni sus placeres, se entretenía pasando revista á sus millones.



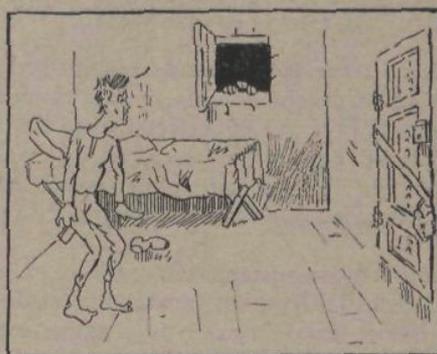
5.—Una noche se les ocurrió á unos rateros hacerle una visita á don Camilo.



6.—Sin pensar que éste, como desconfiaba hasta de su sombra, pasaba las noches en vela.



7.—Dando la última campanada de las doce, don Camilo sintió un ruido algo lejano que le puso en expectativa.



8.—A las doce y media sintió dos golpecitos en la puerta, y no creyéndola segura, corrió a ponerle la barra de hierro.



9.—Pero antes de llegar á ella, se abrió de pronto y apareció, envuelto en una densa niebla, un fantasma.



10.—Entran los ladrones, garrote en mano buscando los duros de don Camilo, y se horrorizaron al ver la nueva inquilina de la habitación...



11.—que era nada menos que la Muerte, que venia á cumplir un deber sagrado llevándose á don Camilo á dar un pasetto

finas; además, el jabón estará limpio de granitos de arena, que ya por haber estado en la cocina puede tener adherido á su superficie ó entre en su composición por mal fabricado.

Si la joya no tiene sobrepuestos pegados con mástic, conviene calentar mucho el agua, y así á las pocas pasadas del cepillo, la joya queda perfectamente limpia. Después se aclara en agua clara y seca con un trapito viejo, envolviéndola por fin con serrín bien seco, donde perderá toda la humedad que pueda conservar en sus intersticios.

Por no emplear este sistema tan sencillo, existen multitud de joyas echadas á perder, arañadas, deslucidas y en mal estado por el uso de los polvos y aguas compuestas con tierras y ácidos que no convienen, como hemos dicho, ni á los esmaltes ni á los pulimentos delicados, y difíciles de conseguir en condecoraciones, aderezos, etc.

\* \* \*

A un rico propietario de Castilla preguntáronle en cierta tertulia de Madrid, qué edad tenía:

—No lo sé á punto fijo, contestó, pero podré tener como veintiocho á treinta años.

—¿Es posible que no sepa usted la edad que tiene? le replicaron.

—Sí, señores, es muy posible; yo cuento mis rentas, mis cabezas de ganado, mi dinero; pero nunca me acuerdo de mis años, porque estoy seguro que no he de perder ninguno, ni me los han de robar.

\* \* \*

Había un sordo como una tapia, pero que nunca quería confesar su sordera. Sucedió que en cierta ocasión pasaba uno de sus amigos por el lado de una calle, á la sazón que él iba por la acera de enfrente. Llamóle aquél en voz bastante alta, pero nuestro buen sordo no se dió por entendido. Entonces, queriendo el otro bromearse un poco, le hizo una seña, y luego, poniéndose ambas manos en los dos lados de la cara, abrió la boca de par en par, fingiendo que le gritaba con todas sus fuerzas. Este expediente hizo pasar corriendo del otro lado al sordo, el cual le dijo con aire de enojo:—¡A qué diablos gritar de ese modo! ¿Crees por ventura que no se te oye?

\* \* \*

De una confidencia á una indiscreción no hay más distancia que la del oído á la boca.—PETIT SENN.

\* \* \*

No te des prisa á adquirir nuevos amigos, ni á dejar los que tengas.—SOLÓN.

\* \* \*

Cada virtud sólo necesita un hombre; pero la amistad necesita dos.—LA BRUYERE.

\* \* \*

¿Sabes por qué apreciamos tanto á las personas modestas? Por un efecto de nuestro amor propio.—LÉVIS.

\* \* \*

El amor nunca muere de necesidad; pero sí, con frecuencia, de indigestión.—NINON DE LENCSLOS.

\* \* \*

El ingrato está muy cerca de ser traidor.—\*\*\*

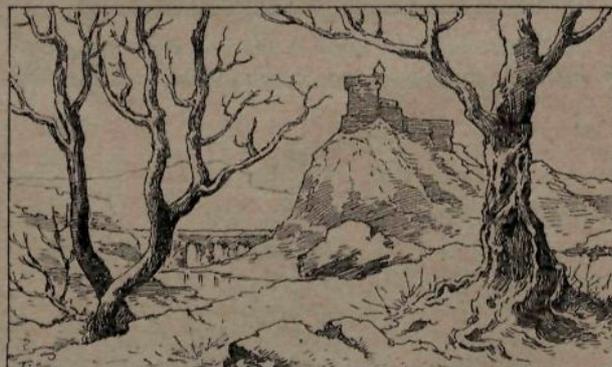
## Recreos instructivos

XXII

—Las montañas nos despidieron ya con viento fresco; y por efecto de esos soplos, ya estamos otra vez en la ciudad; he aquí realizados los ensueños de Clarita: ahora podrá ir de paseo y ver gente bien vestida.

—Me alegró de estar en la capital ¿á qué negarlo? pero no tenía impaciencia por salir del campo: esta es la verdad: y diga usted, don Segundo, ¿cómo vamos á componérnoslas ahora, si queremos proseguir nuestras sesiones de *magia blanca*?

—Será forzoso realizar en otra forma nuestros experimentos: pues ya no es posible disponer del tiempo como en la quinta, y nuestras habitaciones respectivas están muy separadas; creo que lo mejor será que yo les envíe unas notas y ustedes harán ó no lo que teóricamente vean explicado; y para no causarles quebraderos de cabeza,



continuaremos nuestra serie y en la forma indicada que yo titularía ahora *experiencias de salón*.

—Aprobado.

—Antes de separarnos, les propondré un experimento de química. Y será una aplicación de las *tintas simpáticas*.

—El nombre no puede serlo más.

—Simpáticas se llaman por su extremada sensibilidad respecto de las variaciones atmosféricas, sean naturales ó artificiales; del principio de simpatía hubo quién intentó sacar partido formando un telégrafo de caracoles.

—¿De caracoles?...

—Terrestres; aprovechando la débil corriente magnética que existe entre individuos de la misma familia de caracoles, quiso utilizar dicha simpatía, pero el experimento no pasó de curioso. El nuestro será de seguro efecto; primeramente pintaremos sobre cartulina recia un paisaje lavado con tinta china; este paisaje representará la Natura durante el letargo invernal en que los árboles no tienen hojas y el campo se halla sin hierbas, ocupando su espacio la nieve; una vez seco el paisaje pintaremos con tinta simpática á base de cloruro de cobalto, las hierbas y

las hojas en los sitios que deberían ocupar si fuese primavera el paisaje; con otra tinta de parecida composición pintaremos los celajes; y cuando se sequen estos dos últi-



mos lavados, quedará sólo visible el paisaje hecho á tinta china.

—¿Pues si queda invisible, á qué?...

—Calma, Clarita, que aquí está el *truc*; mientras que Sofia pinta el paisaje mandaremos al laboratorio de farmacia de un químico amigo mío, para que nos prepare estas dos fórmulas.

1.<sup>a</sup>

	Partes
Cloruro de cobalto . . . . .	1
Gelatina . . . . .	20
Agua.. . . .	100

2.<sup>a</sup>

Cloruro de cobalto. . . . .	1
Gelatina. . . . .	20
Óxido de níquel. . . . .	75
Cloruro de cobre. . . . .	25
Agua.. . . .	200

Con la primera solución se pintan el cielo y el agua; con la segunda las hojas de la vegetación.

—¿Y... después? ¿no se ve nada?

—Después basta acercar al calor de una bujía el paisaje nevado para que se cubran de hojas los árboles, de fresca hierba los campos, y aparezca en el horizonte el puro azul de la atmósfera en un día de primavera.

—¡Qué bonito! vale la pena de ensayarlo.

—Se ha hecho ya y el éxito no ofrece ninguna duda; y no crean ustedes que esta sea la única y más curiosa de las aplicaciones de las tintas simpáticas. Hay otras sustancias que permanecen invisibles sobre el papel, á la temperatura ordinaria, reapareciendo bajo la acción del calórico; por medio de una disolución de tanino, pasada con un pincel encima de los manuscritos ilegibles, se aviva la tinta y reaparece con el vigor suficiente para ser inteligibles los caracteres. Ya ven ustedes si merecen el calificativo de simpáticas unas tintas que truecan el invierno en primavera, que se esconden á voluntad y aparecen al primer mandato, y que contribuyen á que se haga justicia á los que por estar sumidos en el polvo de los siglos no pueden defenderse.

JULIÁN.

Solución á la charada anterior

MI-LA-NO

Solución al logogrifo numérico:

RAIMUNDO

CHARADA

Valiéndome de *dos una* cantara á *cuatro primera* si mi inspiración no fuera tan escasa de fortuna.

*Una cuatro y cuatro uno* pasará, (yo no la paso) un fuerte y ágil payaso pretencioso cual ninguno.

Mi *tres tres* da tales gritos que á un grillo hiciera pareja cuando hace *dos*, ¡y no deja que acaben bien mis versitos!

Comunicado por X., de Barcelona.

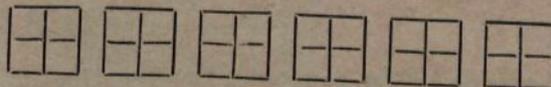


LOGOGRIFO

Seis letras dan combinadas grandes cosas y pequeñas; hondas grutas inundadas de mil rarezas pobladas; pajarracos cual cigüeñas. Verbo, aunque dulce, espinoso; adornos del bosque umbrío; un fantasmón horroroso, una letra, y un faccioso morazo cruel y bravío. El todo es un funcionario sucio, que lo sucio quita; con un traje estafalarío se pasea de ordinario no lejos de la mezquita.

Comunicado por J. B.

CUADROS DE LÍNEAS



Eliminando 13 líneas y 6 medias de las 36 de que se componen estos 6 cuadros, transfórmense en letras, de modo que resulte un nombre de varón, y alterando el orden de colocación de las letras erario público.

Comunicado por D. ANGEL SUERO, de Sevilla.

ADVERTENCIAS

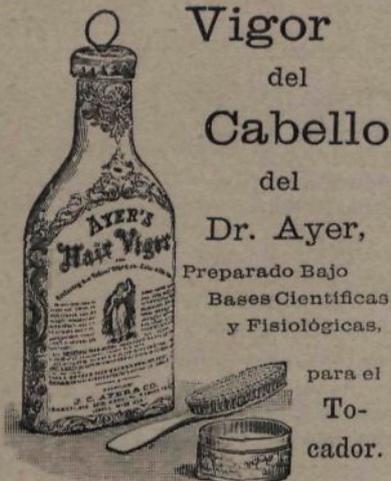
Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios para reproducirlas en *La Velada*, siempre que, á nuestro juicio, sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.



Vigor  
del  
Cabello  
del  
Dr. Ayer,  
Preparado Bajo  
Bases Científicas  
y Fisiológicas,  
para el  
To-  
cador.

El Cabello cuando no se le cuida debidamente pierde su lustre, se pone duro, rasposo y seco, y se cae con profusión al peinarse. Para impedirlo la preparación mejor es el **Vigor del Cabello del Dr. Ayer.**

Destruye la caspa, cicatriza los humores molestos del cráneo, devuelve su color original al cabello descolorido y gris, lo pone sedoso y le comunica una agradable fragancia. Con el uso de este cosmético la cabeza menos poblada se cubre de un cabello

**Exhuberante y Hermoso.**

El Vigor del Cabello del Dr. Ayer es un artículo de tocador muy en voga entre las señoras y caballeros, y á éstos les hace un señalado servicio porque les devuelve y conserva la juvenil apariencia de su barba y bigote.

Preparado por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E. U. A. Lo venden los Farmacéuticos y Perfumistas.

**GRAN REGALO**

Á LOS SEÑORES SUSCRITORES Y LECTORES DE LA VELADA

**MAGNÍFICA PRIMA**

ofrecida por la acreditada **SOCIEDAD DE ARTISTAS ESPAÑOLES**, que según ofreció, sin reparar en sacrificios, ha terminado la reproducción del notable cuadro por MORELL, representando el

**SAGRADO CORAZÓN DE MARÍA**

para formar pendant con el cuadro del mismo autor, que tan extraordinario éxito obtuvo, representando el **SAGRADO CORAZÓN DE JESUS**.

El que hoy ofrecemos ha sido también interpretado con tanta verdad y ejecutado con tal maestría, que constituye una gloria más para el pintor MORELL y un triunfo para la **SOCIEDAD DE ARTISTAS ESPAÑOLES**, porque aumenta su numerosa y notable galería de cuadros, con una joya contemporánea, pues al contemplarla no se sabe qué admirar más, si la belleza del arte ó el sentimiento religioso que inspira. Tal es el efecto que produce el cuadro del **SAGRADO CORAZÓN DE MARÍA**, por MORELL.

Esta notable reproducción, que ha sido ejecutada á 22 tintas y de colorido é igual tamaño que el del **CORAZÓN DE JESUS**, ó sean 92 centímetros de alto por 64 de ancho, y á pesar de que su valor intrínseco resulta ser de **30 pesetas**, se ofrece á los suscriptores de **LA VELADA**, por la insignificante suma de **pesetas 3'75** cada ejemplar, siempre que se acompañe el adjunto cupón.

Pesetas 3,75 ejemplar

VALE hasta 30 Novbre. 1892	<b>CUPÓN PRIMA</b>		VALE hasta 30 Novbre. 1892
	<b>SAGRADO CORAZÓN DE MARÍA</b> SOCIEDAD DE ARTISTAS ESPAÑOLES ejemplares		
— Representantes: Sres. ROLDÓS Y COMP. <sup>a</sup> — Centro de anuncios, Escudillers, 30, Barcelona			

LA VELADA

**INSTRUCCIONES.**—Córtese el cupón, y acompañando **pesetas 3'75**, se entregará un ejemplar de la oleografía representando el **SAGRADO CORAZÓN DE MARÍA**, por MORELL, en casa de los señores Roldós y C.<sup>a</sup>, Escudillers, 30, Barcelona.

Es indispensable la presentación del cupón para poder adquirirla por este precio.

Los señores suscriptores de fuera de esta capital que deseen adquirir la oleografía que ofrecemos, pueden dirigirse a los señores Roldós y C.<sup>a</sup>, Escudillers, 30, Barcelona, incluyendo bajo sobre certificado **5 pesetas**, en letra de fácil cobro, del giro mutuo ó sellos de correo, y les será enviada franca de porte de embalaje y certificada. Se suplica que el nombre y dirección sean bien inteligibles.

**NOTA.**—Accediendo á los deseos de algunos suscriptores de este Semanario, que no han podido y desean adquirir la oleografía representando una **APOTEOSIS DE COLÓN**, que el adjunto cupón podrá también utilizarse para dicha oleografía, al precio de **pesetas 3'25** ejemplar y **4'50**, si debe ser enviada.

**BÉNÉDICTINE**  
De la Abadía  
de  
**FÉCAMP**  
LICOR  
EXQUISITO et DIGESTIVO  
SIN RIVAL  
DEPOSITO: BURDEOS  
108, cours du Jardin-Public

**MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS**

**WERTHEIM**

**LA ELECTRA**  
funcionando sin ruido

**VENTA AL POR MAYOR Y MENOR  
AL CONTADO Y Á PLAZOS**

**18 bis, AVINÓ, 18 bis. — BARCELONA —**

**NUEVO DICCIONARIO DE QUÍMICA**  
POR EMILIO BOUANT

El Nuevo Diccionario de Química forma dos tomos de regulares dimensiones.  
A pesar del lujo de la edición y de su gran coste, y á fin de que cuantas personas se dediquen á estudios químicos y las demás á quienes interesa esta obra utilísima puedan adquirirla, el precio de cada entrega de diez y seis columnas es solo de **20 céntimos de peseta en toda España**

**SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA**

DE  
**BARCELONA**

- Línea de las Antillas, New-York y Veraacruz.** — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico. Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.
- Línea de Filipinas.** — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia. Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.
- Línea de Buenos Aires.** — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.
- Línea de Fernando Póo.** — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.
- Servicios de África.** — **LÍNEA DE MARRUECOS.** Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.
- Servicio de Tánger.** — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

**AVISO IMPORTANTE.**—La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes.—En Barcelona, **La Compañía Trasatlántica**, y los señores Ripol y C.<sup>a</sup>, plaza de Palacio.—Cádiz; la Delegación de la **Compañía Trasatlántica**.—Madrid; Agencia de la **Compañía Trasatlántica**, Puerta del Sol, núm. 10.—Santander; señores Angel B. Pérez y C.<sup>a</sup>—Coruña; don E. de Guarda.—Vigo, don Antonio López de Neira.—Cartagena; señores Bosch Hermanos.—Valencia; señores Dart y C.<sup>a</sup>—Málaga; don Luis Duarte.